

La ruta

Valerie Jaye



# Capítulo 1

“La vida no es más que un sueño para los muertos.”

Gerard Way

Dicen que cuando tienes un encuentro cercano con la muerte toda tu vida pasa frente a tus ojos en cuestión de segundos. Siempre pensé que todo eso era simplemente un mito. Muchos sobrevivientes aseguran que, cuando parecía que todo iba a llegar a su fin, destellos de toda su existencia aparecieron nublando su vista. Igualmente me resultaba bastante difícil de creer, a pesar de que todos ellos sonaban completamente convencidos. Se me ocurría que la gente lo experimentaba solamente porque inconscientemente quería hacerlo. A todos nos encantaría contar una historia a nuestros conocidos que trate de lo cerca que estuvimos de morir y cómo vimos todos nuestros recuerdos pasar frente a nuestros ojos. Es algo que probablemente nos haría ver más interesantes. Pero dudo que mucha gente se haya preguntado alguna vez qué es lo que ven los que no sobreviven para contar tal anécdota. Ciertamente nunca se me hubiera ocurrido que me pasaría a mí. Supongo que uno nunca se imagina que vaya a tener un accidente automovilístico mientras va tranquilo por la ruta, volviendo a casa de un viaje de trabajo. Yo iba muy concentrada en lo que estaba haciendo ya que manejar de noche no me resultaba algo precisamente relajante. Quizás fue justamente porque estaba tan concentrada en el camino que terminé así. Tal vez, si no hubiera pisado el freno de lleno al ver al animal parado en medio del camino, todavía estaría viva. Tendría que vivir sabiendo que había atropellado a una vaca inocente, pero al menos podría vivir y seguir avanzando en mi futuro. Podía olvidarme ya de eso porque nunca pasaría. Estaba tan compenetrada en mi tarea de conducir de noche sola que, cuando apareció el animal, me asusté y pisé el freno como si mi vida dependiera de ello. Irónicamente, fue justamente el haber frenado tan de repente yendo a una velocidad tan alta lo que me mató. En ese momento, mi mente se puso completamente en blanco y mi cuerpo se tensó como nunca lo había hecho antes. Pude escuchar el chirrido de los neumáticos contra el cemento y pareció retumbar en el tan silencioso ambiente como el eco de una voz en una habitación vacía. Ese fue el último sonido que escuché antes de que el auto comenzara a inclinarse de costado y rodar. Todo pasó rápido como un rayo y, a la vez, lento como una oruga. Inconscientemente, mis manos se soltaron del volante y se acercaron a mi cara para protegerme la vista.

Me encontré sentada en una hamaca, agarrada de las cuerdas ásperas que la sostenían del árbol, sintiendo el suave y húmedo césped bajo mis pies. Tenía las rodillas sucias por estar revolcándome todo el día y el pelo completamente despeinado. Estaba en la casaquinta de mi tío. Yo tenía seis años. Hacía calor y no había ni una gota de viento. Miré hacia mi

derecha y vi a varios de mis familiares charlando entre ellos, abanicándose con cualquier papel que pudieran encontrar ya que los ventiladores parecían ser inservibles contra la alta temperatura. Mi papá estaba sentado en una de las cabeceras de la mesa larga de madera con un vaso de cerveza en la mano lleno hasta el borde. Hacía muchos años que no veía su rostro sonriente fuera de fotografías o videos caseros. El auto había comenzado a girar y mis pies se habían despegado de los pedales. Yo tenía la boca abierta pero no pude escuchar ningún sonido más que las voces de mis familiares comentando lo terrible que estaba el calor ese mediodía de verano. Mis rodillas alcanzaron mi pecho y se rozaron con mis codos por la inercia del vuelco del automóvil. Me llegó ese olorcito familiar a humo avisándome que el asado del tío ya estaba en camino. Mi mamá gritó mi nombre y me dijo que fuera a lavarme las manos antes de sentarme a la mesa.

Me golpeé la cabeza contra el volante mientras el auto comenzaba su segunda vuelta y mi boca empezó a sangrar, pero lo único que pude sentir fue el exquisito sabor del famoso asado de mi tío. El calor sofocante de verano se esfumó en apenas un segundo y una sensación de frío, humedad y tristeza me invadió. Estaba parada junto a la camilla, tomada de la mano de mi madre, sintiendo como si el mundo se me estuviera viniendo abajo. Ella lloraba desconsoladamente y me abrazaba. Yo tenía diez años cuando papá perdió su lucha contra el cáncer. Mi tío, su hermano mayor; mis otras dos tías, mis primos, mi mamá y otros familiares, todos nos reunimos a despedir a mi padre. Estaba lloviendo mientras asistimos al entierro. Parecía ser el clima más apropiado para la situación, como si la madre naturaleza estuviera sufriendo su muerte junto a nosotros. Mi vestido negro largo hasta mis tobillos estaba empapado y mis zapatos de gamuza se habían arruinado, pero eso no me importaba demasiado en ese momento. La lluvia cesó y el canto de los pájaros me desconcertó por un momento. Sentí la sangre de mi cuerpo acumularse en mi mejillas al mismo tiempo que una mano se tomaba suave y gentilmente de la mía. Levanté la mirada para encontrarme con la sonrisa tan familiar de Emanuel, mi novio de secundaria. Le había costado todo el valor que tenía el haberme tomado de la mano ya que habíamos sido amigos por bastante tiempo y mover las cosas a un siguiente nivel nunca es fácil. Ya saben, eso de poner en riesgo la buena amistad por querer ser un poco más que amigos. Lo de siempre.

Volví a mirar nuestras manos, que ahora parecían ser un poco más grandes, y vi cómo Ema me ponía el anillo de casamiento en el dedo correspondiente. Hacía siete años que estábamos juntos y nueve que nos conocíamos. Nos dimos un beso tierno en los labios y escuchamos a todos nuestros familiares y amigos aplaudiendo y exclamando de felicidad. Imaginé que mi padre estaría feliz de que hubiera encontrado no solo una pareja con quien pasar el resto de mi vida, sino también un mejor amigo

que me acompañara, todo junto en una sola persona.

Mis brazos se estiraron hacia el techo cuando el auto estuvo dado vuelta y me pareció que uno de mis tobillos se había doblado más de la cuenta, al igual que una de mis muñecas. Mi cabeza se reclinó hacia atrás con fuerza y volvió a golpearse contra el volante cuando el auto terminó de dar la vuelta entera. Mientras tanto, sentí el dolor en el interior de mi panza al dar a luz a nuestra hija, Jazmín. Escuché su primer llanto y me di cuenta de que nunca había sido tan feliz en toda mi vida. Pensé en lo increíble que era el destino al poner en mi camino a alguien como Emanuel. En un abrir y cerrar de ojos, habíamos pasado nueve años juntos y ahora teníamos una nueva habitante en la casa. Jazmín cumplía cinco años así que le habíamos comprado ese vestidito rosa que tanto quería e invitamos a todos sus amiguitos a festejar con ella. Era un día cálido de primavera aunque un poco ventoso. Ema se acercó por detrás de mí abrazándome por la cintura y juntos nos quedamos mirando a nuestra hermosa hija correr de aquí para allá con una sonrisa que se parecía muchísimo a la mía. Me alegré de haber podido festejarle el cumpleaños antes de tener que irme de viaje por trabajo ese lunes siguiente.

El auto terminó de girar, dejándome casi sin vida al costado de la ruta. No tardé más que unos escasos minutos en dejar de respirar, pero sentí el calor agobiante de aquel maravilloso mediodía de verano, el césped que me refrescaba los pies, la risa de mi padre, el olorcito a humo... la lluvia que me acompañaba en la tristeza, el canto de los pájaros, ese primer roce de manos que quedaría impregnado en mi memoria por toda la eternidad, la sonrisa juguetona de mi hija... una y otra vez, los mejores y más importantes momentos de mi camino por la vida.